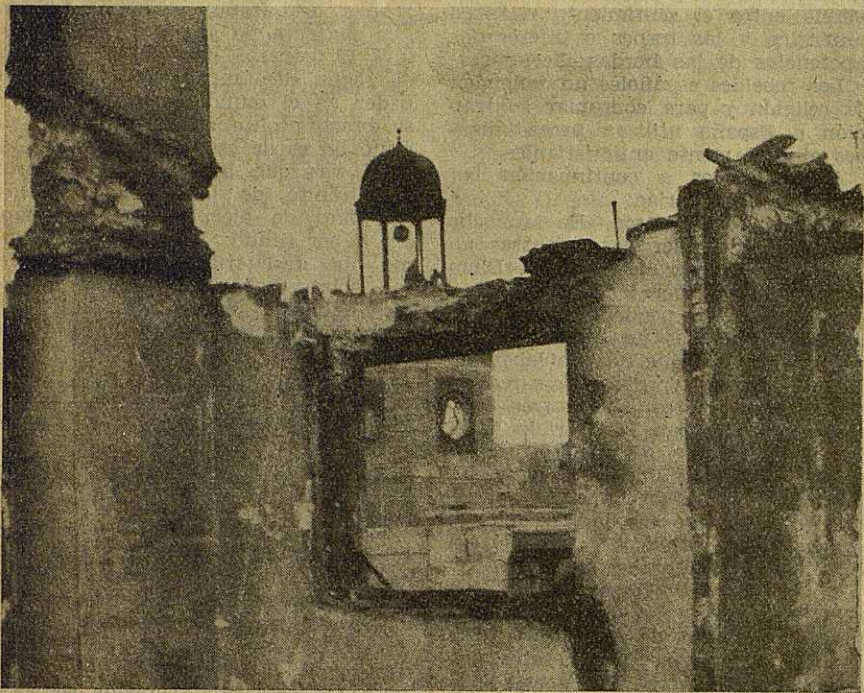


EUZKADI en CATALUNYA

Año II. - Número 36

Editado por un grupo de refugiados vascos

Barcelona, 14 de agosto de 1937



Si hay algo que perdurará eternamente vinculado al nombre de Madrid es la gesta de sublime epopeya de su heroica defensa contra el fascismo internacional y los generales traidores.

Y dentro de ella, ese trozo castizo y madrileño que es la Puerta del Sol y Gobernación, cuya bola perfila admirablemente esta imagen fotográfica, documento real de guerra.

DE "RE., BELICA

Requerido, casi conminado por EUZKADI EN CATALUNYA con quien me ligan lazos de hondo afecto de entrañable amistad y de solidaridades raciales, sentimentales y doctrinales, no podían hurtarme a satisfacer una demanda que, en el fondo, implica, para mí, el cumplimiento de un deber, ya que considero que, hoy, todos tenemos la ineludible obligación de contribuir a ganar la guerra y estructurar un conocimiento de la misma en las masas, es ya, de por sí, hacerla comprensible a ellas, poniendo ante su discernimiento y decisión las necesidades que implica y que el pueblo ibérico es el llamado a ejecutar en concierto armónico con el Gobierno que dirige y los jefes militares que mandan. Tal es la razón que me ha movido a pergeñar semanalmente estas crónicas.

La guerra, como toda obra humana requiere un tecnicismo, una parte científica que no es improvisable, que no puede, ni debe, para no enervar su eficiencia, improvisarse. En un ejército, más cada día, existen menos los hombres de valor ciego e imprudente que todo lo fían de la embestida brutal y directa—destinada siempre a un fracaso sangriento—que los especialistas, que ejecutan una misión nítida, clarividente. Todo hombre puede tener temerario arrojo. Este no es el problema. No quiero ahora discriminar hasta dónde el arrojo temerario es útil y hasta dónde es individual o colectivo y aun diré más, transitorio. Este valor impetuoso es, a veces, casi siempre, cuando no va canalizado por un cerebro lúcido que mande y mande bien, perjudicial. Dura poco y decae cuando la segur va segando vidas implacablemente. Sobreviene entonces fatalmente el desinflamiento, con su estela de falta de moral, de pánico contagioso. Generalmente este tipo de valor prende en un alocado y cunde en su torno. Pasado el rato, vuelve la normalidad a su cauce con todas sus consecuencias.

Conviene insistir en esta faceta humana, ya que hay un caudal voluminoso de opinión en España formado inconscientemente o por imperio de tradición de «majeza», de «hombria», de «macho» en cuanto al valor. Conste, pues, que este tipo de valor hecho de instintos, de ímpetu, de agresividad primitiva, no es útil, eficiente ni adecuado en una guerra en que la serenidad, el conocimiento, el saberse guardar, el precaverse, el defenderse es infinitamente más eficiente. Serenidad, serenidad y serenidad. Ese es el valor necesario y necesariamente útil.

Derivado de la necesidad de clarificar conceptos, debemos insistir, y jamás lo haremos bastante, en que si en el soldado es vital la subordinación del instinto combativo a la serenidad consciente, en los mandos lo es infinitamente más.

Por la constitución de un ejército en vivero de especialistas—zapadores minadores, pontoneros, ingenieros, artilleros, ametralladores, lanza llamas, morteros, etc.—los mandos requieren un mínimum de técnica aliada al empirismo que da la experiencia de cada día en la despiadada lucha.

No quisiera insistir en forma tal que se supusiera que a nuestros mandos les falta la técnica, pero si lo bastante para que todos se saturen de la ingente verdad que sin ella no hay victoria posible.

Sentada la afirmación precedente, diré que no es la técnica solamente la que decide las batallas. Hay la moral, la certidumbre, en todos, de que se defiende una causa sagrada y justa, la convicción de jugarlo todo con razón en una guerra, la fe ardiente e iluminada en nuestro ideal. Pero la moral, eso que en el hombre es lo más bello y sublime y que le impele a sacrificar su vida, sus comodidades, sus intereses y pasiones, si bien es motor avasallador en una guerra, tiene, para que sea eficiente, que armonizarse con los elementos materiales que una guerra requiere. La guerra no es sino una armonía entre la organización material de la máquina militar y el idealismo que conduce irresistiblemente a una nación, o un pueblo en armas, a la victoria.

Fracasado el enemigo en su intento de cortar la carretera de Madrid partiendo de Teruel, proyecto harto ambicioso y que hubiere requerido por parte de Franco una masa de maniobra que no creemos que tenga, si se tiene en cuenta la situación del frente Centro y la intensidad de las batallas del sector de Brunete, de momento hay calma.

En la guerra la calma es, como en todas las humanas empresas, precursora de las más formidables tempestades. Se prepara el porvenir, se forja el arma que ha de esgrimirse. Nada deja vislumbrar el punto en donde uno u otro bando ha de imponer su iniciativa.

Hay un compás de espera y conviene no anticiparse. De todos modos, vaya por delante un axioma militar que aunque todos conocen, todos olvidan frecuentemente y muchos dejan

de ejecutar, unos por negligencia, por timidez temperamental otros y también desgraciadamente por falta de medios materiales los mejores y que Franco, al contrario, en su egotismo vesánico está despreciando desde que empezó la guerra, quizás por desestimar en su necio orgullo, la valía del ejército republicano popular, que dista tanto de las Milicias abigarradas de los primeros días, como dista Franco de ser un gran estratega; hélo aquí: una sola ofensiva tipo embestida franca, directa, brutal por acumulación de medios materiales y masas de maniobra y avanzando con desprecio de las bajas sufridas, en frentes equilibrados y en los que la retaguardia enemiga está intercomunicada y puede aportar reservas, materiales, municiones, víveres, por considerables que sean los primeros éxitos iniciales que logre, está fatalmente destinada al fracaso si el ejército adversario tiene nervio, serenidad y estoicismo. Ahí están los ejemplos de Verdún, del Yser, del Camino de las Damas, de la Somme. Se abrirá una brecha, una bolsa; pero se cierra ella misma y la usura amenaza con la fatal hemorragia al técnico que sólo ve en la guerra la mecánica pura.

Continuaremos divagando en una concreción de temas específicos.

GUDARI

HIGIENE MORAL

Hacía ya largo tiempo que no decíamos nuestro comentario a la necesidad urgente de esterilizar, higienizar y desinfectar nuestra retaguardia.

Pero ¡cuán lamentales son las causas!, está visto que no podremos renunciar a nuestra crítica, a pesar de que nos cuesta moralmente tanto.

Porque, en efecto, como republicanos, como antifascistas, lacera nuestra conciencia el tener que usar nuestro deber, ya que revela la existencia de lacras y miserias que repugnan y que son inconciliables con la honradez y austeridad doctrinales de todos los sectores antifascistas y con las exigencias de la guerra.

Hay una sorprendente coincidencia entre las insinuaciones, que envuelven y encierran censuras gubernamentales y de partidos políticos respetables y estimables, de un cierto sector extremista de prensa y las babeantes charlas que ciertos «señores», «señoritos» y «señoras» deslizan hábilmente en ciertos cafés.

La burguesía—quíralo o no—tiene «distinción». Es decir, que se distingue de nosotros. Y se distingue, precisamente, por cierta feminidad con que oculta la masculinidad hasta en los trémolos de la voz. Se distingue por su blandenguería, su timidez, su no sé qué que los delate a cientos de metros. Crean un ambiente y un clima suyos en los que no nos encontramos bien.

Barcelona conoce algunos cafés y horchaterías de la Rambla de Cataluña y Cortes que destilan ese ambiente y esa clima. Los comentarios son allí «distinguidos» también. El derrochismo, la maniobra escindora, la crítica aparentemente «honesta» y deri-



Uno de los dolores más angustiosos de las poblaciones civiles en esta guerra cruel por autonomasia, lo constituyen los éxodos que se vienen sucediendo en todo el territorio leal.

Y para eso las literaturas reaccionarias sublimizaron lo que llamaban la santidad del hogar!
¡Canallas y tartufos!

Autos de fe en Vizcaya

El día de San Ignacio ha sido celebrado en Vizcaya y más particularmente en Bilbao, de un modo muy espectacular.

En Bilbao, la celebración fué hecha ante el monumento al Sagrado Corazón. Desfilaron falangistas, requetés, eclesiásticos, regulares y seculares, damas catequistas, autoridades y fuerzas militares marroquíes, terciarias, protestantes alemanes e italianos. Volaban los aeroplanos de Hitler y de Mussolini. Y el fuego de una gran ho-

guerra fué alimentado durante todo el tiempo de la ceremonia con banderas, insignias, cuadros, periódicos, folletos y libros...

Ardeían juntas, las obras de Galdos, de Zola, de Blasco Ibañez, de Anatole France, de Renau, de Marx, de Bakunin, de Pi y Margall, de Ludvig, de Mann, de Malraux, de Fogaz-Zaro.

También fueron quemadas novelas de Valera, de Palacio Valdés y de Dickens. Y con ellas periódicos nacionales y extranjeros liberales, nacionalistas vascos, republicanos, socialistas, comunistas, libertarios...

Sacrilegios de los rebeldes

El «Daily Herald» publica la siguiente carta que el sacerdote inglés Sam Rowley, de la Misión Central de King's Cross, ha dirigido al editor de dicho periódico:

«Cuando leo que Franco oyó misa después de la toma de Bilbao, siento que algo se rebela en mis entrañas.

«Cuando obispos y arzobispos, cuando el clero, bendicen el material bélico y recomiendan el aislamiento de los soldados, no puedo menos de exteriorizar mi protesta.

«Cuando me entero de que se cantó el «Aleluya» y el «No me abandones» en una revista militar, no me es posible dejar de ver en esto algo que es un verdadero sacrilegio.

«¿No es para creer que el mejor medio de evitar las guerras sería cesar en la producción de armas y municiones?—Rev. Sam. Rowley (Misión Central de King's Cross, Chesterfield, St. W.C.I. Londres)»

vada de un derecho inalienable humano tiene su asiento permanente. Para abatir al Gobierno de hoy se enaltece a los de ayer, que tanto les arrugaba el ombligo. El caso es cizañar, sembrar discordias, crear diferencias, ahondarlas. Todas las armas son buenas.

Una «razzia» permanente, diaria por esos establecimientos y una infiltración en sus tertulias de agentes hábiles haría a la causa antifascista un estimable bien, ya que, aparentemente, todos los «señoritos» estarán perfectamente documentados y hasta tendrán carnets de soldado o de la flamante escuela de guerra. Pero hoy el carnet es fácil de obtener—o lo fué antes—y un alistamiento a veces es el procedimiento más perfecto para maniobrar con impunidad por la causa de Franco.

¡Limpiemos de una vez la retaguardia de traidores emboscados!

En Bilbao, el monumento al Sagrado Corazón permanecía en pie después de varios años de República y de once meses de guerra civil. Y él ha presidido el «auto de fe» a que nos venimos refiriendo. Los demás autos de fe fueron celebrados en las plazas mayores de diversas ciudades y pueblos vizcaínos, ante las iglesias parroquiales.

«¿Qué habrán dicho los extranjeros que hayan presenciado tales «hazañas»? ¿Qué habrán pensado de nuestros fascistoïdes los aviadores hitlerianos que prefieren, con su jefe, la cruz gamada de Rosenberg y las idolatrías de Ludendorff a la cruz de Oviedo? ¿Qué habrán imaginado ante tal espectáculo vergonzoso los italianos fascistas, sicarios de un Mussolini ateo? ¿Qué opinión habrán formado de la mentalidad de nuestros nacionalistas militares y civiles, los protestantes corresponsales de las prensas yanqui y británica?»

Si triunfara Franco, España volvería a los tiempos de Carlos el Hechizado. La noche se abatiría sobre ella. La piel de toro ibérica sería un presidio espiritual, un cementerio de almas. No podría vivir del Bidasoa a Cádiz, ningún hombre sincero. La hipocresía, la falsedad, la doblez, el fingimiento, reinarían sobre las cincuenta provincias ibéricas.

Por fortuna, Franco será vencido. Y en España se podrá seguir viviendo...

FRONTON TXIKI-ALAI

Plaza del Buensuceso, 1

Todos los días grandes partidos a Raqueta, por las mejores jugadoras de esta especialidad